

## PRIMERA PARTE

LA FILOSOFÍA MODERNA

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Kant y el materialismo.

La filosofía alemana y Kant.—Importancia durable del criticismo.—Cambia el punto de vista de la metafísica.—Movimiento y sensación.—El mundo como fenómeno.—La experiencia como producto de la organización.—Kant en sus relaciones con Platón y Epicuro.—Kant contrario al subjetivismo y al escepticismo.—Sufre la influencia de Hume; sistema de este último.—Kant y la experiencia.—Análisis de la experiencia.—Los juicios sintéticos *a priori*.—El descubrimiento de los elementos *a priori*.—Los sentidos y el entendimiento.—El espacio y el tiempo como formas de las percepciones sensibles.—La sensación.—La psicofísica.—La prioridad del espacio y del tiempo es con todo sostenible.—Relaciones del materialismo con la teoría del espacio y del tiempo.—Las categorías.—Hume ataca la idea de causalidad.—La deducción de las categorías.—Defectos del método deductivo.—El sentido común.—El fundamento de las ideas *a priori*.—Distintas definiciones de la idea de causalidad.—Actitud de los empíricos y materialistas frente á la idea de causalidad.—La cosa en sí.—La deducción de las categorías y el origen de las ideas.—El libre albedrío y la ley moral.—El mundo inteligible como ideal.

El lugar eminente que hemos designado á Kant en la división misma de esta obra, exige de nuestra parte una justificación ó sencillamente una explicación que omitimos en la edición primera, porque entonces era un hecho el retraimiento de los filósofos románticos de Alemania. Como un ejército vencido busca en torno suyo un punto ventajoso donde pueda rehacerse y ordenarse, así en el mundo filosófico resonaba este grito de unión: «¡Volvamos á Kant!» Pero sólo en estos últimos años es cuando

se ha vuelto á él seriamente, convenciéndose de que el punto de vista en que se colocó el gran filósofo de Königsberg nunca ha sido en justicia sobrepujado, antes bien es indispensable penetrar en las profundidades del sistema de Kant y estudiarle seriamente para comprender que, entre todos los filósofos, sólo Aristóteles ha merecido tantas alabanzas como aquél.

El error y el afán de escribir se han dado la mano para traspasar, en la época de un rico movimiento intelectual, los rigurosos límites que Kant impuso á la especulación; la calma que siguió á la embriaguez metafísica invitó á tomar la posición prematuramente abandonada, con tanto mayor motivo cuanto que se hallaba enfrente del materialismo que, al aparecer Kant, se eclipsó sin dejar casi huella alguna; hoy, no sólo tenemos una escuela de kantianos (1), en el sentido más estricto y amplio, sino que también los que quieren tomar otras direcciones se ven en cierto modo obligados á atenerse á Kant y fundamentar seriamente sus divergencias; hasta el movimiento un tanto artificial en favor de la filosofía de Shopenhauer se debe á un encadenamiento análogo y es para los más juiciosos una transición á Kant. Conviene hacer resaltar sobre todo la diligente acogida de los naturalistas, quienes, encontrando insuficiente el materialismo, vuelven en su gran mayoría á una concepción del mundo que está de acuerdo con la de Kant en muchos puntos importantes.

En realidad no es al kantismo ortodoxo al que debemos atribuir una importancia tan preponderante, y menos aún á la evolución dogmática por la cual Schleiden creía poder abatir al materialismo, comparando á Kant, Fries y Apelt con Keplero, Newton y Laplace y pretendiendo que los trabajos de esos tres filósofos habían dado á las ideas de «alma, libertad y Dios» una estabilidad parecida al curso de los astros; semejante dogmatismo es completamente ajeno al espíritu de la *Critica de la razón*, aunque

Kant se felicitó de haber sustraído dichas ideas á las discusiones de las escuelas, relegándolas al dominio de la filosofía práctica, como no pudiendo ser demostradas positiva ni negativamente; pero la filosofía práctica es la parte variable y efímera de la filosofía de Kant, aunque haya ejercido tan poderosa influencia en sus contemporáneos. Sólo el suelo es perdurable, no el edificio que sobre él se construye; decir que este terreno (la conciencia) es un punto favorable para la construcción de sistemas morales, es una afirmación que no debe incluirse apenas entre los elementos durables de aquel sistema, y si se hace de la conservación de las ideas morales su punto de partida, es una torpeza compararle con Keplero, sin hablar de Newton y Laplace. Debemos buscar más bien en la *Critica de la razón teórica* toda la importancia de la gran reforma que se debió á la iniciativa de Kant; hasta para la moral es preciso buscar allí el valor durable del criticismo, que no sólo contribuyó al triunfo de un sistema preciso de las ideas morales, sino que también, convenientemente desarrollado, pudo responder á las variables exigencias de los distintos períodos de cultura.

Kant mismo pensó bien poco en compararse á Keplero, pero estableció otro paralelo más significativo y mucho más sólido; comparaba su acción á la de Copérnico, porque destruyó el punto de vista adoptado hasta entonces por la metafísica. El sabio astrónomo se atrevió á inquirir, «de un modo opuesto á los sentidos, pero verdadero», no en los cuerpos celestes sino en el observador mismo, los movimientos observados; no menos «contrario á los sentidos» debe parecer á la perezosa inteligencia del hombre el procedimiento de Kant, que destruye con una seguridad impasible el punto de vista de la ciencia experimental, así como el de todas las ciencias históricas y exactas, planteando la sencilla hipótesis de que *nuestros conceptos no se conforman con los objetos, sino los objetos con nuestros conceptos* (2); de lo que inmediatamente se

sigue que los objetos de la experiencia no son, por lo general, más que *nuestros* objetos; en una palabra, que toda la objetividad no es precisamente la objetividad absoluta, sino sólo una objetividad para el hombre y los seres que estén organizados como él, en tanto que detrás del mundo de los fenómenos se oculta, en una obscuridad impenetrable, la esencia absoluta de las cosas, «la cosa en sí».

Determinemos este pensamiento con toda libertad; poco nos importa, por ahora, el modo con que Kant lo desarrolló; luego nos ocuparemos del aspecto que tomará el materialismo colocándonos en este nuevo punto de vista. Al final del primer tomo hemos mostrado la filosofía de las escuelas luchando seriamente en Alemania con el materialismo; la comparación favorita de la hidra reproduciendo siempre dos cabezas por cada una destruída por el semidiós, no es del todo aplicable al espectáculo que contempla el testigo imparcial de estas luchas; sin duda el materialismo recibe golpes que no puede parar; siempre cae herido de la misma estocada por visible que sea la torpeza de su adversario, pues la conciencia no es posible explicarla por movimientos materiales, y, á pesar de la fuerza lógica con que se demuestra su absoluta dependencia de los fenómenos materiales, *la relación del movimiento exterior con la sensación* no es menos inaccesible, llegando á ser tanto más flagrante la contradicción cuanto más luz se proyecta en dicha relación.

Pero ocurre que todos los sistemas que se oponen al materialismo y que emanan de Descartes, Espinosa, Leibnitz, Wolff ó del viejo Aristóteles, contienen la misma contradicción y tal vez una docena más de contradicciones peores todavía, lo que se manifiesta claramente cuando se ajustan las cuentas con el materialismo; y aquí hacemos completa abstracción de las ventajas que puedan tener otros sistemas por su profundidad, su afinidad con el arte, la religión y la poesía, por los destellos y presentimientos fecundos del pensamiento y por la

actividad comunicada al espíritu; el materialismo es pobre en comparación de semejantes tesoros, pero no es menos pobre respecto á sofismas como puños y á sutilezas aún más delicadas que un cabello de que otros sistemas se sirven para llegar á sus pretendidas verdades. En la lucha contra el materialismo se trata sencillamente de probar y refutar; la profundidad del pensamiento no es ninguna ventaja, y las contradicciones latentes aparecen claras como la luz.

Hemos aprendido á conocer, en formas diversas, un principio ante el cual el materialismo queda desarmado y que en realidad sobrepuja esta concepción del universo y conduce á otra concepción superior de las cosas. Desde el comienzo de nuestro trabajo hemos hallado ese principio viendo á Protágoras ir mucho más allá que Demócrito; después, en el último período que hemos mencionado, encontramos dos hombres de nacionalidad diferente, así como de opiniones, profesión, creencias y carácter distintos, que no obstante abandonan el materialismo en un mismo punto: el obispo Berkeley y el matemático d'Alembert; el primero veía en el mundo de los fenómenos una grande ilusión de los sentidos y el segundo dudaba de que hubiese algo fuera de nosotros que correspondiera á lo que creemos ver; también hemos mostrado cómo Holbach se irritaba contra Berkeley sin poder refutarle.

Existe en el estudio exacto de la naturaleza un problema que impide á nuestros actuales materialistas rechazar desdeñosamente la duda que se liga á la realidad del mundo de los fenómenos, y es el de la fisiología de los órganos de los sentidos; los progresos admirables efectuados en esta ciencia, y de los cuales hemos de hablar, parecen confirmar, por su naturaleza, la antigua tesis de Protágoras de que el hombre es la medida de las cosas. Una vez que se haya demostrado que la cualidad de nuestras percepciones sensibles depende por completo de la estructura

de nuestros órganos, no se podrán ya eliminar como «irrefutables, sino como absurdos», las hipótesis y los sistemas fundados en nuestras percepciones sensibles; en una palabra, que toda nuestra experiencia está sometida á nuestra organización intelectual, la cual nos obliga á experimentar como experimentamos y á pensar como pensamos, mientras que los mismos objetos pueden parecer muy distintos á otra organización sin que la cosa en sí pueda ser comprendida por mortal alguno.

Y en efecto, el pensamiento de que el mundo de los fenómenos no es más que la copia confusa de otro mundo que contiene los objetos verdaderos, se encuentra en todas las épocas de la historia de las ideas humanas; entre los filósofos de la antigua India, como entre los griegos, aparece ya bajo formas diversas el mismo pensamiento fundamental que, modificado por Kant, se relaciona al propio tiempo con la teoría de Copérnico. Platón creía en el mundo de las ideas, de los prototipos eternos y perfectos de cuanto existe en la tierra; Kant le llama á Platón el filósofo más notable de las cosas inteligibles, mientras que denomina á Epicuro el filósofo más notable de las cosas sensibles; pero Kant tomó frente al materialismo una actitud muy distinta que la de Platón; así, el filósofo de Königsberg elogia á Epicuro por no haber traspasado nunca en sus conclusiones los límites de la experiencia, en tanto que Locke, por ejemplo, «después de haber deducido de la experiencia todas las ideas y todos los principios, llega hasta pretender que se puede, por medio de esa misma experiencia, probar la existencia de Dios y la inmortalidad del alma con tanta evidencia como un teorema matemático, aunque ambas cuestiones estén colocadas en absoluto fuera de los límites de toda experiencia posible».

Por otra parte, Kant no difiere con menos claridad de los filósofos que se contentan con probar que el mundo de los fenómenos es un producto de nuestro pensamien-

to; Protágoras se instaló cómodamente en este mundo de los fenómenos, renunciando por completo á la idea de llegar á una verdad absoluta, y fundó todo su sistema en la tesis de que para el hombre es verdad lo que le parece verdadero y bien lo que le parece bueno; Berkeley, combatiendo la existencia del mundo de los fenómenos, quiere reanimar la fe abatida, y su filosofía cesa allí donde aparece su verdadero objeto; por último, los escépticos se satisfacen con destruir la verdad de toda apariencia y dudan, no sólo del mundo de las ideas y del mundo de los fenómenos, sino también de la validez absoluta de las leyes de nuestro pensamiento; este fué precisamente el escepticismo que por una violenta sacudida arrojó á Kant fuera de la filosofía de las universidades alemanas y le lanzó por un camino donde, después de algunos años de meditación y trabajo, consiguió el fin que anunciaba en su inmortal *Critica de la razón pura*. Si queremos comprender con claridad el pensamiento fundamental de Kant, sin analizar el conjunto de su sistema, será preciso hablar primero de David Hume.

Hume merece ser colocado al nivel de los pensadores eminentes de Inglaterra, tales como Bacon, Hobbes y Locke; aún cabe preguntar si, entre todos, no debe ocupar el primer puesto. Nació en 1711, en Edimbourg, de una familia noble de Escocia; desde el año 1738, en que apareció su obra sobre la naturaleza humana, se consagró á escribir, durante su permanencia en Francia, en los largos ocios que consagraba á la ciencia; catorce años más tarde fué cuando se dedicó á los estudios históricos, á los que debe en gran parte su reputación. Después de funciones diversas llegó á ser secretario de embajada en París y luego subsecretario de Estado. Nosotros los alemanes, que por una asociación de ideas involuntaria nos imaginamos siempre á un filósofo sentado en una silla profesional con el dedo índice levantado, nos admiramos de que entre los filósofos ingleses haya tantos hombres

de Estado, ó que, hecho más notable todavía, en Inglaterra los hombres de Estado sean á veces filósofos.

Hume en sus opiniones se acerca al materialismo tanto cuanto un escéptico tan decidido como él puede hacerlo, colocándose en el terreno preparado por Hobbes y Locke; explicaba el nacimiento del error, sin dar gran importancia á esta hipótesis, por la falsa dirección que seguían las ideas en el cerebro, donde las creía localizadas Hume; ha esclarecido este punto débil del materialismo, que sus adeptos no saben defender; concediendo que es imposible explicar cómo el movimiento al través del espacio viene á parar en la idea y el pensamiento, hace observar que tal misterio no rodea sólo á este problema, que hay exactamente la misma contradicción en toda relación de causa á efecto: «Suspended un cuerpo del peso de una libra en el extremo de una palanca y otro cuerpo del mismo peso en la otra extremidad y encontraréis en dichos cuerpos una causa tan pequeña para el movimiento, que depende de su distancia al centro, como la que halláis para el pensamiento y la idea». La mecánica actual lo contradeciría acaso, pero recordemos que todos los progresos de la ciencia se limitan á rehuir y no á resolver la dificultad que Hume señala. Consideremos dos moléculas de materia casi imperceptibles ó dos cuerpos celestes cuyos movimientos se influyan recíprocamente, y podremos fácilmente dar cuenta de todo lo demás; pero la relación de la atracción, que produce el movimiento del uno hacia el otro, con los mismos cuerpos, nos ofrece todavía la absoluta incomprendibilidad en sí de todo fenómeno de la naturaleza.

Sin duda esto no explica cómo el movimiento local viene á parar en el pensamiento, pero prueba que el carácter inexplicable del hecho no puede constituir un argumento contra la dependencia del pensamiento frente al movimiento en el espacio; el materialismo paga, á decir verdad, esta protección á un precio tan elevado como el

que exige el diablo, según la leyenda, por sus favores. El materialismo se verá siempre completamente perdido si admite que todos los fenómenos de la naturaleza son inexplicables; si el materialismo se resigna á ese misterio deja de ser un principio filosófico, aunque pueda continuar subsistiendo como base de las investigaciones científicas de detalle; tal es en realidad la situación de la mayor parte de nuestros «materialistas»; son esencialmente escépticos, sólo creen que la materia, tal como aparece á nuestros sentidos, contiene la solución última de todos los enigmas de la naturaleza; pero, procediendo en absoluto como si fuera así, esperan que las ciencias positivas mismas les obliguen á admitir otras hipótesis.

La afinidad de Hume con el materialismo es todavía más chocante en su viva polémica contra la teoría de la identidad personal, de la unidad de la conciencia y de la simplicidad é inmaterialidad del alma. «Hay filósofos que se figuran que tenemos en todo instante conciencia de lo que llamamos nuestro yo, que sentimos su realidad y permanencia, y que poseemos sobre su identidad y simplicidad una certidumbre muy superior á la demostración más evidente. Por desgracia, todas estas afirmaciones positivas son contrarias á la experiencia que se cita como prueba, y no tenemos en modo alguno, relativamente al yo, la concepción de que se acaba de hablar... Si por mi parte profundizo lo que se llama mi yo, encuentro siempre ciertas ideas particulares ó sensaciones de calor ó frío, de luz ó sombra, de amor ú odio, de placer ó dolor; jamás puedo sorprender mi yo solo, mi idea, y todo lo que observo no es otra cosa más, siempre, que una idea; en cuanto mis ideas se suspenden momentáneamente como durante un sueño profundo, no siento mi yo en este intervalo y pudiera decirse que no existe en absoluto.» Hume no discute con quien siente en sí un otro yo: «Semejante hombre podrá tal vez percibir algo simple y permanente que llama su yo; por mi parte, estoy cierto de que

nada semejante encuentro en mí; á excepción de algunos metafísicos, puedo afirmar resueltamente que todos los demás hombres no son más que un haz ó colección de ideas diferentes, las cuales se suceden con una incomprendible rapidez y se hallan en una fluctuación y movimiento continuos».

La delicada ironía dirigida aquí contra los metafísicos alcanza también á los teólogos, pues con las opiniones de Hume se comprende fácilmente que la cuestión de la inmortalidad del alma está fuera del sentido que la da la Iglesia; no obstante, el filósofo inglés se complace á veces en hacer la maliciosa observación de que, á pesar de sus opiniones, el conjunto de los argumentos en favor de la inmortalidad conserva siempre la misma fuerza probante que en la hipótesis ordinaria de la simplicidad é identidad del alma.

Hume ejerció en Kant un influjo tan preponderante que el filósofo de Koenigsberg no le menciona jamás sino con profundo respeto; también hemos de exponer *a priori* las relaciones de Kant con el materialismo desde un punto de vista que generalmente no se quiere tener en cuenta. Sea la que fuere la energía con que Kant combate el materialismo, este gran espíritu no puede en modo alguno ser clasificado en el número de aquellos que no saben probar su aptitud filosófica más que con un desprecio sin límites por dicho sistema. «La ciencia de la naturaleza, dice Kant en sus prolegómenos, no nos revelará nunca el interior de las cosas, es decir, lo que no es fenómeno, pero puede, no obstante, llegar á ser un principio superior de explicación del fenómeno; *por otra parte, la ciencia de la naturaleza no tiene necesidad de principios de ese género para sus explicaciones físicas; es más, aun cuando se le ofrecieran (como por ejemplo el influjo de seres inmateriales) los debería rechazar y no utilizarlos en sus explicaciones, debiendo siempre fundar éstas en lo que pertenece á la experiencia, en tanto que objeto sensible, y ponerse*

*de acuerdo con nuestras percepciones reales conforme á las leyes de la experiencia».*

En una palabra, Kant reconoce perfectamente dos concepciones del mundo, la materialista y la escéptica, como preliminares legítimos de su filosofía crítica; ambas le parecían erróneas, pero necesarias para el desarrollo de la ciencia; declara que el materialismo, más fácil de comprender, puede llegar á ser pernicioso para la masa del público, mientras que el escepticismo, á causa de sus dificultades, queda confinado en las escuelas; pero desde el punto de vista puramente científico ambos sistemas le parecen dignos de la misma atención, y, si la balanza hubiese de inclinarse, sería á favor del escepticismo. *No hay sistema filosófico que Kant haya combatido tan vivamente como los dos citados;* el idealismo ordinario en particular se opone en absoluto al idealismo «trascendental» de Kant, pues en tanto que el idealismo ordinario se limita á probar que el mundo de los fenómenos no nos presenta las cosas tales como son en sí, está de acuerdo con Kant, pero desde que pretende enseñar cuál es el mundo de las cosas puras ó reemplazar con sus propias teorías las ciencias experimentales, Kant es su adversario irreconciliable.

Una crítica ligera encontró en la *Crítica de la razón pura* un «idealismo superior», lo que Kant debió tomar casi como si se le hubiese censurado de «cretinismo superior»; tan mal le comprendían. Es de admirar la sagacidad y moderación del gran filósofo leyendo las dos afirmaciones de su respuesta, que arrojan una luz viva, aun para los más ciegos, sobre la esencia de la filosofía crítica.

«La tesis de los verdaderos idealistas, desde la escuela de Elea hasta el obispo Berkeley, está contenida en la fórmula siguiente: «Todo conocimiento adquirido por los sentidos y la experiencia no es más que una pura apariencia, y la verdad sólo existe en las ideas suministra-

das por el entendimiento puro y la razón.» El principio que rige y determina todo mi idealismo es, por el contrario: «Todo el conocimiento de las cosas, proviniendo del entendimiento puro ó de la razón pura, no es más que una simple apariencia, y sólo en la experiencia se encuentra la verdad».

El empírico más acérrimo no se hubiera expresado con más claridad; ¿pero cómo conciliaremos con esta declaración tan categórica la extraña aserción de que los objetos se acomodan á nuestros conceptos?

Es evidente que aquí no se trata de las ideas formadas por un individuo que se entrega á la especulación; en cierto sentido es verdad que un hegeliano ó aristotélico piensa que los objetos se conforman con sus ideas; vive en el mundo de sus quimeras y todo lo coordina según ese mundo; cuando un objeto llega á serlo realmente para él, este objeto se ha modelado ya con arreglo á sus ideas. Pero no todos los objetos son dóciles, y precisamente la experiencia juega muy malas pasadas á los filósofos de este temple; recuérdese á Cremonini, que evitaba cuidadosamente mirar por un telescopio por miedo de descubrir los satélites de Júpiter contrarios á su teoría. Kant, que encuentra toda verdad en la experiencia, no podía comprender así la conformidad de los objetos con nuestras ideas; antes por el contrario, el influjo de «nuestras ideas», como Kant lo entendía, debe ser tal como se produce precisamente en los datos más generales de la experiencia, más invariables y más completamente inaccesibles al capricho del individuo. El enigma se resolverá, pues, por un análisis de la experiencia misma, en la cual será preciso comprobar la presencia de un factor intelectual que proviene, no de los objetos, sino de nosotros mismos.

Todos los juicios son, según Kant, ó analíticos ó sintéticos; los juicios analíticos no ponen en el atributo más que lo que está ya comprendido en la idea del sujeto;

cuando digo: todos los cuerpos son extensos, no he aumentado por esta proposición mi conocimiento de los cuerpos, porque no puedo en general afirmar la idea subjetiva de cuerpo sin comprender en ella la de extensión; el juicio no hace más que resolver en sus elementos la idea subjetiva para poner de relieve uno de ellos con el auxilio del atributo y hacerle así más claro á la conciencia. Los juicios sintéticos, por el contrario, aumentan nuestro conocimiento del sujeto; cuando digo: todos los cuerpos celestes gravitan, atribuyo á todos los cuerpos celestes una propiedad que ya no está comprendida en la simple idea de cuerpo celeste.

Se ve, pues, que sólo por los juicios sintéticos se aumenta realmente nuestro saber, en tanto que los juicios analíticos sirven para conciliar, explicar ó refutar errores; porque un juicio que no añade en el atributo nada que no esté comprendido en el sujeto, puede á lo sumo recordarme un conocimiento que ya tenía ó hacer resaltar particularidades en las que sin esto no hubieran llamado mi atención, pero no puede en realidad enseñarme nada nuevo. Existe sin embargo una ciencia, acaso la más importante de todas, en la cual pudiera preguntarse si los juicios son sintéticos ó analíticos: las matemáticas; pero antes de volver sobre este caso importante necesitamos explicar brevemente lo que son un juicio *a priori* y un juicio *a posteriori*.

Este último tiene su valor en la experiencia, pero no así el primero. Un juicio *a priori* puede, á decir verdad, estar fundado indirectamente en la experiencia, pero no como juicio, sino en tanto que sus partes constituyentes son ideas debidas á la experiencia; pero el sujeto mismo puede también en este caso designar un objeto que yo no he aprendido á conocer más que por la experiencia; así, por ejemplo, la idea de hielo resulta de la experiencia; ahora bien: la proposición: el hielo es un cuerpo sólido, es analítica porque el atributo está comprendido

en el sujeto desde la formación de esta idea. Los juicios sintéticos son para Kant el campo de las investigaciones; ¿son todos *a posteriori*, es decir, derivados de la experiencia, ó los hay cuya validez no tiene necesidad de ser derivada de la experiencia? ¿Hay juicios sintéticos *a priori*? La metafísica pretende aumentar nuestros conocimientos sin tener por eso necesidad de la experiencia; ¿es esto posible? ¿puede en general existir una metafísica? ¿cómo las proposiciones sintéticas *a priori* son posibles?

Detengámonos aquí un instante. Contestaciones como éstas: «Por la revelación», «por la inspiración del genio», «por una reminiscencia del alma que recuerda el mundo de las ideas en donde ella ha vivido en otro tiempo», «por el desarrollo de las ideas innatas que desde el nacimiento duermen en el hombre sin que él tenga conciencia de ello», etc., tales respuestas no es menester refutarlas; por eso en realidad la metafísica no ha hecho hasta aquí más que tanteos. Si pudiera probarse que sobre la base de semejantes teorías se eleva una ciencia real que con marcha segura y paso firme se desarrolla más cada vez, en lugar de recomenzar siempre de nuevo, acaso se pudiera prescindir de fundamentos más sólidos, como las matemáticas se han satisfecho hasta aquí admitiendo axiomas sin poderlos demostrar; pero en las condiciones actuales toda construcción ulterior de la metafísica será inútil en tanto que no se afirme que el edificio, cualquiera que sea, descansa sobre algún fundamento sólido.

Los escépticos y los empíricos hicieron causa común y pudieron resolver la cuestión planteada, diciendo: *¿de ningún modo!* Si lograran demostrar la verdad de su negación, quedarían dueños para siempre de la filosofía; algo semejante ha hecho el materialismo dogmático que funda sus teorías en el axioma de la comprensibilidad del mundo, sin ver que este axioma no es en el fondo más que el principio del *orden en los fenómenos*; pero el materialismo puede renunciar á la pretensión de haber demos-

trado las causas últimas de todos los fenómenos como tendrá que renunciar también á su esencia primera, aunque por su alianza con el escepticismo y el empirismo formal amenace seriamente destruir todos los demás esfuerzos filosóficos. Aquí Kant llama en su auxilio á un aliado formidable: las matemáticas.

Hume, que ponía en duda todos los juicios superiores á la experiencia, sintió un escrúpulo: dos líneas rectas, decía, ¿no podrían tener de común, formando un ángulo infinitamente pequeño, un segmento de determinada extensión en vez, como quieren las matemáticas, de no cortarse más que en un solo punto? Hume reconocía, no obstante, la fuerza de demostración de las matemáticas y creía explicarlo diciendo que todas sus proposiciones descansan sencillamente en el axioma de contradicción, en otros términos, que son completamente analíticas. Kant sostiene, por el contrario, que todas las proposiciones matemáticas son sintéticas y, por consecuencia, las proposiciones naturalmente sintéticas *a priori*, como son las proposiciones matemáticas, no tienen necesidad de ser confirmadas por la experiencia.

Si no queremos equivocarnos desde el principio acerca del pensamiento de Kant, será menester distinguir con cuidado la intuición y la experiencia; una intuición, por ejemplo, la de una serie de triángulos con un ángulo cada vez más obtuso en el vértice y una base cada vez mayor, es ciertamente también una experiencia; pero en este caso la experiencia consiste únicamente en ver ante sí esta serie determinada de triángulos; pero si yo deduzco después de la intuición de estos triángulos, con auxilio de la imaginación, que prolongando la base hasta lo infinito, la proposición de que la suma de los ángulos (cuya constancia me estaba ya anteriormente demostrada), es igual á dos ángulos rectos, esta proposición no será en modo alguno fruto de la experiencia; mi experiencia se limita á haber visto esos triángulos y á haber reconocido

en ellos lo que debo reconocer como universalmente verdadero. La proposición resultado de la experiencia puede ser rechazada siempre por una experiencia nueva. Durante muchos siglos se había visto, ó por lo menos creído, que las estrellas fijas no estaban animadas de movimiento alguno y se dedujo que eran inmóviles; esta era una proposición suministrada por la experiencia, que podía ser y ha sido rectificadas por observaciones y cálculos más exactos; la historia de las ciencias ofrece á cada paso hechos semejantes.

Al talento superior de los franceses en la lógica es á lo que hoy debemos principalmente el ver á las ciencias exactas en todas las cuestiones de experiencia, no ya establecer verdades absolutas, sino verdades relativas; por lo tanto, siempre se recuerda en qué condiciones se ha adquirido una noción, y precisamente á reserva de un conocimiento ulterior es como se admite la exactitud de todas las teorías; este no es el caso de las proposiciones matemáticas que se refieren todas á la conciencia de una necesidad absoluta, sean simples deducciones ó tesis fundamentales; pero esta conciencia no es espontánea; las proposiciones matemáticas, aun los axiomas, han tenido sin duda necesidad de ser descubiertos en su origen; el esfuerzo de la reflexión y de la intuición, ó la combinación rápida y feliz de una y otra, debieron contribuir á encontrarlos; el descubrimiento depende aquí esencialmente de la hábil aplicación del espíritu á la cuestión de que se trata; así es que las proposiciones matemáticas se transmiten como tesis de enseñanza con tanta facilidad á un discípulo como dificultades hubiera tenido el discípulo en encontrarlas. El que escruta día y noche los espacios celestes hasta encontrar un nuevo cometa, puede compararse con el que se esfuerza en encontrar una verdad nueva en la intuición matemática; y así como el telescopio puede estar colocado de tal suerte que todo el mundo vea el cometa, por mala vista que tenga, de la misma

manera la nueva tesis matemática puede ser demostrada de modo que todo el mundo deba reconocer su verdad, por poca intuición de que sea capaz, por medio de una figura ó con auxilio de la imaginación solamente.

Las verdades matemáticas exigen con frecuencia mucho trabajo para investigarlas y encontrarlas, pero ese detalle nada tiene que ver con lo que Kant denomina su prioridad; es preciso más bien entender por esto que las proposiciones matemáticas, desde que son demostradas por la intuición, despiertan inmediatamente la conciencia de su generalidad y de su necesidad; por ejemplo, para demostrar que 3 y 2 son 5, me serviría de la intuición, haciendo una suma de puntos ó de rayas; en este caso, la experiencia me indica únicamente que los puntos ó las rayas determinadas me conducen á esta suma precisa; si he de aprender por la experiencia que esto sucede así siempre, es menester que yo repita dicha experiencia muy á menudo para que la asociación de las ideas y el hábito fijen en mí tal convicción, ó bien es necesario que proceda á experiencias sistemáticas para saber si el resultado no sería completamente distinto sumando cuerpos diferentes, ó bien colocándolos de otra manera ó en circunstancias especiales.

La generalización rápida y absoluta de lo que se ha visto una vez, no puede explicarse simplemente por la evidente uniformidad de todas las relaciones numéricas; si las proposiciones de la aritmética y del álgebra fuesen proposiciones experimentales, no se adquiriría más que en último término la convicción de que todas las relaciones numéricas son independientes de la estructura y de la disposición de los cuerpos contados; la inducción da siempre proposiciones generales después de las proposiciones particulares; la proposición de que las relaciones numéricas son independientes de la naturaleza de los objetos contados, es más bien en sí misma una verdad *a priori*, siendo fácil probar que es además sintética; se

la podría quitar su naturaleza sintética si se la comprendiese en la definición de lo que yo entiendo por números, y resultaría inmediatamente un álgebra completa en sí, pero no sabríamos entonces en modo alguno si era aplicable á los objetos; ahora bien, cada cual sabe que nuestra convicción de la verdad del álgebra y de la aritmética implica á la vez la convicción de que son aplicables á todos los cuerpos que puedan ofrecérsenos; el hecho de que los objetos de la naturaleza, cuando se trata no de contarlos uno á uno y en sus partes, sino de medirlos y pesarlos, no pueden jamás corresponder exactamente á números determinados, siendo todos inconmensurables, este hecho en nada altera lo que venimos diciendo; los números son aplicables á todos los objetos con un grado cualquiera de precisión.

Estamos convencidos de que una barra de hierro, sometida continuamente á las variaciones de la temperatura, tiene, en un espacio de tiempo infinitamente corto, una dimensión apreciable de una manera infinitamente exacta, aunque no tengamos jamás los medios de indicar completamente dicha dimensión. El hecho de que no adquirimos tal convicción más que gracias á los estudios matemáticos y físicos no destruye la prioridad de esta convicción. Según las incomparables definiciones de Kant, en las nociones *a priori* no se trata ni de ideas innatas que estén ya formadas en el alma, ni de inspiraciones suprasensibles, ni de incomprensibles revelaciones; las nociones *a priori* se desarrollan en el hombre de una manera tan regular, tan conforme con su naturaleza como las nociones que adquiere por la experiencia; las primeras se distinguen de las segundas en que están unidas á la conciencia de la generalidad y de la necesidad, y en que son independientes de la experiencia por su valor.

Cierto que aquí tropezamos con un punto que hasta hoy ha provocado los más vivos ataques; de un lado se rechaza la prioridad de las nociones matemáticas, y de

otro se recusa la naturaleza sintética de los juicios matemáticos; la teoría matemática es de tan grande importancia para la justificación de la concepción del mundo de Kant, que no podemos eximirnos de examinar detalladamente ambas objeciones.

La prioridad de las matemáticas ha sido combatida con gran vivacidad en Inglaterra, donde el influjo de Hume echó profundas raíces; Whewell, el eminente teórico é historiador de la inducción, sostiene la prioridad de las matemáticas y deriva la necesidad que nosotros atribuimos á sus proposiciones, de un elemento activo *a priori*, á saber: las condiciones ó la forma de nuestros conocimientos; fué combatido por el astrónomo Herschel y por John Stuart Mill, que estuvieron de acuerdo en casi todos los puntos (3). He aquí la doctrina de estos empíricos: no domina en las matemáticas una necesidad rigurosa más que cuando se fundan en definiciones y conclusiones sacadas de dichas definiciones; los llamados axiomas se componen en gran parte exclusivamente de definiciones ó pueden reducirse á ellas; lo demás, particularmente las proposiciones fundamentales de la geometría de Euclides, de que dos líneas rectas no pueden circunscribir un espacio y que dos paralelas prolongadas hasta el infinito no pueden encontrarse nunca, estos axiomas no son más que generalizaciones derivadas de la experiencia, resultados de una inducción; carecen de la necesidad rigurosa propia de las definiciones, ó, para hablar como Kant, de todos los juicios analíticos; su necesidad en nuestra conciencia es sólo subjetiva y debe ser explicada psicológicamente; se impone á nuestro espíritu, como nos imaginamos que es menester admitir hasta proposiciones que no son del todo verdaderas, ó como declaramos incomprensible é inimaginable lo que quizás nosotros mismos anteriormente hemos considerado como verdadero. Si los axiomas matemáticos nacen puramente de la asociación de las ideas, y, considerados psicológi-

camente, no tienen mejor origen que muchos errores, no se sigue, sin embargo, que debamos temer verlos refutar algún día, pero resulta que la certidumbre que les atribuimos no se deriva de otra fuente que la de nuestros conocimientos empíricos en general, los cuales se nos aparecen, según la fuerza de la inducción que los produce, como verosímiles, ciertos ó absolutamente necesarios.

Según esta teoría, hay, pues, en las matemáticas juicios sintéticos, pero estos juicios no existen *a priori*; y si hay juicios *a priori*, son analíticos ó, como dice Mill, idénticos. En la aplicación á los objetos de la experiencia, todos los juicios, según dicha teoría, no tienen más que un valor hipotético; la naturaleza no nos ofrece en parte alguna las formas puras de la geometría y jamás una fórmula algebraica representará con una exactitud absoluta la medida de una dimensión ó de una fuerza; solamente cuando, por ejemplo, una órbita planetaria corresponde á la línea por nosotros adoptada y denominada elipse, es cuando podemos decir que todas las propiedades deducidas de esta idea le pertenecen igualmente por necesidad; pero de ninguna de estas propiedades debemos afirmar, más que de una manera hipotética, que pertenece á una órbita planetaria; además, el curso real del planeta no corresponderá nunca completamente á nuestras hipótesis.

Tal es la esencia de la teoría; en lo que se refiere á la polémica contra Whewell, ni es enteramente justa, ni está exenta de prejuicios, aunque en tan larga disputa se hayan guardado las formas más corteses. Mill, que tiene costumbre de apreciar una opinión adversa con entera lealtad y de exponerla con claridad, no procede siempre con rigurosa exactitud y cita más de una aserción de su adversario en un orden distinto de aquel en que ha sido enunciada (4); la causa de este hecho sorprendente es que Mill cree ver siempre el fantasma de las viejas ideas nntas y de las revelaciones platónicas emanadas de un

mundo suprasensible, que tan largo tiempo han desempeñado su papel en la metafísica, y cuya conexión con obscuridades de la peor especie es para irritar á un antagonista austero y enemigo de todo misticismo. Un motivo idéntico es el que en Alemania ha podido arrastrar á un Ueberweg á tan duras injusticias contra el sistema de Kant, en el que se quería igualmente encontrar oculto detrás del *a priori* todo el aparato de las revelaciones sobrenaturales. El *a priori* de Kant difiere por completo del de la antigua metafísica, y su concepción de tales problemas se halla en absoluta oposición hasta con Leibniz, que coloca las verdades suministradas por la razón por encima de los conocimientos que nos procura la experiencia. Vamos á mostrar cómo se puede responder al empirismo de Mill en el sentido estrictamente kantiano, pero queremos antes poner en relieve los puntos débiles, tales como resultan del debate entre Mill y Whewell.

La dificultad más evidente aparece en el acto de los axiomas de la geometría; nuestra convicción de que dos líneas rectas prolongadas hasta lo infinito no pueden circunscribir un espacio, debe ser, según Mill, adquirida por la experiencia ó por medio de la inducción, y, no obstante, nosotros no podemos hacer experiencia alguna de esta índole, en el sentido vulgar de la palabra; aquí Mill confiesa que la intuición (interior) reemplaza en la imaginación á la intuición externa, pero cree que la demostración es, sin embargo, de naturaleza inductiva; según él, la imaginación podría en este caso reemplazar á la intuición externa, porque sabemos que los cuadros de nuestra imaginación se conducen absolutamente como las cosas exteriores; pero, ¿de dónde sabemos eso? ¿De la experiencia?... Pues entonces nosotros sólo sabemos de esta concordancia lo que se relaciona con los espacios limitados.

Una segunda dificultad consiste en que hasta la suposición del valor simplemente hipotético de las matemáti-

cas se demuestra de un modo insuficiente. Whewell hace observar que las hipótesis de las ciencias físicas no son nunca necesarias; son más ó menos verosímiles y pueden siempre reemplazarse por otras; las tesis matemáticas, por el contrario, son necesarias y no absolutamente hipotéticas; á esto Mill responde con la reflexión, en apariencia victoriosa, de que las hipótesis necesarias son también hipótesis: supongamos que nos vemos obligados por la naturaleza de nuestro espíritu á admitir que hay circunferencias, ángulos rectos, etc.; esta suposición, ¿no sigue siendo hipotética, puesto que ignoramos por completo si en la naturaleza existen en alguna parte circunferencias, ángulos rectos, etc., que correspondan completamente á nuestras hipótesis matemáticas?

Es de observar, á propósito de esto, que sería muy irracional reducir una cuestión tan importante á una estéril logomaquia ó juego de palabras; si existe una clase de hipótesis que se distinguen de las otras porque se imponen necesariamente á nuestro espíritu, nada se gana con decir, generalizando, que esta necesidad es una hipótesis; se trata más bien de descubrir el principio íntimo de su naturaleza particular; pero además se puede añadir una reflexión importante en lo que concierne á las relaciones del mundo de los cuerpos con nuestras ideas matemáticas; en efecto, no es exacto ni aun que formulemos la hipótesis de que hay cuerpos ó cosas que corresponden á los datos de los juicios matemáticos; el matemático desarrolla sus proposiciones por la intuición de las figuras, sin tener en cuenta los cuerpos, pero está persuadido de que jamás, ni en parte alguna, la experiencia le presentará un objeto en desacuerdo con sus proposiciones; un objeto externo puede no corresponder completamente á forma alguna desarrollada por las matemáticas; y entonces suponemos que su forma real es extraordinariamente complicada y quizá variable, de tal modo que nuestras sencillas concepciones matemáticas no pueden

agotar toda su esencia; pero al mismo tiempo suponemos también que está determinada con una precisión perfecta en cada partícula de tiempo infinitamente pequeña según las leyes matemáticas, de las cuales no comprobamos con precisión más que los primeros elementos.

En fin; se trata del punto capital de la discusión: de la idea de la necesidad de los juicios matemáticos y del origen de esta idea; aquí Mill se cree particularmente capaz de demostrar históricamente que ya en muchas ocasiones se ha declarado en absoluto inimaginable una cosa que después ha sido reconocida verdadera, ó que, á la inversa, que se ha considerado como necesario lo que más tarde se ha reconocido que era un error grosero; pero precisamente aquí es donde se halla el punto más débil del empirismo; en efecto, desde que se demuestra que nuestra conciencia de la necesidad de ciertas nociones corresponde á la idea que nos formamos de la naturaleza del entendimiento, la cuestión principal está resuelta en un sentido contrario al empirismo exclusivo, sea cualquiera el error que se cometa fundando una hipótesis en esta naturaleza del entendimiento.

Un simple ejemplo hará comprender esta aserción; supongamos que veo adquirir á los colores una vivacidad particular por el contraste de unos con otros; esta es una inducción debida á repetidas experiencias; puedo conjeturar que será siempre así, pero no puedo saberlo. Una observación nueva é inadvertida puede echar abajo mi conclusión y forzarme á explicar por otro principio los caracteres comunes de dicho fenómeno; supongamos ahora que descubro que la causa de mi observación se encuentra en la estructura de mi ojo, y en seguida concluiré que sucederá siempre lo mismo en todos los casos. Para ver completamente claro en la cuestión, admitamos por un instante que aquí también hay un error; éste no sería, por ejemplo, el contraste del color en sí, sino solamente en la mayor parte de los casos una acción accesoría y